

LA MUJER Y LA FAMILIA

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

LOS OSCUROS ORIGENES DE LA FAMILIA.—

El evolucionista L. H. Morgan demostró, a finales del siglo pasado, que la evolución humana fue decisivamente influida por los factores económicos, sociales y técnicos. Las épocas por las que han pasado el hombre y las instituciones humanas —sobre todo la familia— van moldeándose según la huella que van dejando tales factores.

La historia familiar, por tanto, no es una historia pacífica y sin cambios: es una mezcla de cosas permanentes y variables que frecuentemente nos choca. Incluso para nuestra mentalidad contemporánea, aun bajo la influencia del cristianismo, podemos afirmar que los cambios producidos han sido muy profundos.

No obstante, el orden histórico en que se han ido presentando los diferentes tipos de familia no resulta tan fácil de decidir. Hasta hace unos años se aseguraban, con la mayor firmeza una serie de etapas que venían desde la promiscuidad sexual hasta la monogamia de nuestra época moderna decimonónica, más o menos hipócrita.

Pero la antropología —ciencia bien juvenil— ha ido afinando sus instrumentos de estudio e investigación y mostrado que esas afirmaciones tajantes y simplistas que describían la historia de la familia humana como si fuese una representación filmica presentada ante nuestros ojos, eran falsas o, al menos, dudosas.

Lo único que podemos afirmar con seguridad es que «hay sobradas razones para creer que la familia, considerada como la unión más o menos permanente entre un hombre, una mujer y sus hijos, es una de las más antiguas instituciones humanas» (A. Montagu, «Homo Sapiens», Ed. Guadiana, Madrid).

El humorista Mark Twain —que tan seriamente escribió sobre muchas cosas— afirmaba que nada hay tan continuo y duradero como el matrimonio, sea cual sea la forma que haya adquirido a través de los dos millones de años que ha

tenido el hombre sobre la tierra. Otro antropólogo —Ralph Linton— concluye lo mismo: «Todo induce a pensar que la familia es la más antigua de las instituciones sociales humanas».

Pero esta afirmación —casi la única que se puede hacer sobre la mayor parte de la historia de la familia— no nos aclara ni sus orígenes ni las formas exactas que ha adquirido la misma a través del tiempo: «Siguen siendo oscuros tanto los orígenes de la familia como las etapas que ha atravesado en el curso de su desarrollo hasta llegar a la actual multiplicidad de formas; las instituciones sociales son uno de los artefactos humanos más perecederos; por ello, no tenemos ningún testimonio directo so-

bre los tipos de organización familiar que existieron antes de los primeros documentos escritos. La gran variedad de instituciones familiares encontradas entre los actuales pueblos primitivos demuestra que las posibilidades son muchas, pero nos da muy pocas claves para fijar con exactitud el proceso de su desarrollo» (R. Linton, «La familia», Ed. Península, Barcelona).

Muchos habíamos aprendido equivocadamente un orden lógico sobre el desarrollo histórico de la familia que nos había convencido. Se nos dijo que lo primero que existió en la organización humana era la promiscuidad sexual; después, el matrimonio en grupo; más tarde, la poliandria; después, la poligamia, y, por último, la monogamia. Y algunos introducían el matrimonio en una de esas etapas.

Pero la realidad es que hoy —salvo en las brillantes exposiciones de «ciencia-ficción» de un popular escritor traducido al castellano recientemente— no hay ninguna base para aceptar esto como un hecho con algún viso de probabilidad. Los únicos animales próximos al hombre que practican la promiscuidad sexual son los monos araguatos, que se encuentran en Sudamérica; pero da la casualidad que tales primates se encuentran muy lejos de nuestra línea evolutiva de descendencia. Y lo único que sabemos es que el resto de los primates son polígamos o monógamos, pero nunca practican la promiscuidad. «Ante esta evidencia, casi todos los científicos sociales han abandonado la

vieja teoría de la promiscuidad primitiva: los hombres pueden diferir de los demás primates, pero no en este punto». (R. Linton, o. c.)

Y cualquier tipo de ensayo que en tiempos antiguos o actuales se ha intentado para abolir o el matrimonio o la familia, o no lo ha conseguido o se ha limitado a muy pequeños grupos sin influencia general. Los ensayos en Israel de los kibbutz, que pretendieron al principio superar estas dos instituciones, tuvieron que volver a un concepto de la familia, si bien sea más extenso que el de la familia conyugal. Igualmente ocurrió en algunos aspectos del matrimonio y la familia en los primeros tiempos de la revolución rusa, hasta que se ordenó la actual estructura, en la U. R. S. S., del matrimonio y la familia, con aspectos nuevos y renovadores, ciertamente, pero en forma bastante estricta.

EL ASESINATO DEL PADRE.—

Sigmund Freud, hace unos cincuenta años, propuso una nueva interpretación de la estructura familiar primitiva. El psicoanalista quiso explicar en profundidad las complejas relaciones entre padres e hijos, y para ello inventó una interpretación que cada vez parece más probable. «En mil novecientos diecisiete —dice el propio Freud— adopté la hipótesis de Charles Darwin, según la cual la forma primitiva de la sociedad humana estaba representada por una horda sumisa a la dominación absoluta del varón poderoso... y la evolución del totemismo (el cual engloba el comienzo de la religión, de la moral y de la diferenciación social) se relaciona con la supresión violenta del jefe y con la sustitución de una horda paterna por una horda fraternal». (S. Freud, «Ensayos de Psicoanálisis»). Esta idea sobre los primeros hechos de la familia humana pasó también a la literatura, y en Grecia se representó por medio de la famosa tragedia de Edipo. Desde entonces, Freud estructuró esta vivencia inconsciente, del asesinato del padre y del incesto materno del hijo, en el llamado «complejo de Edipo», que ha permitido un gran paso para el conocimiento de las relaciones familiares y de las decisivas reacciones que en ellas se producen, sobre todo en ciertos momentos históricos o en ciertas culturas, como la nuestra. Dostoyevski lo expresó con las duras, pero francas palabras de Ivan Karamazov, que, en plena sala, exclama: «¿Quién no desea la muerte de su padre?». La verdad es que hasta el sentido de la democracia y de la estructura democrática de la sociedad parte de esta experiencia psicológica inconsciente del «asesinato del padre», que ha tenido su expresión sociológica generalizada únicamente en nuestra época histórica: es el comienzo de la





liberación de la jefatura demasiado avasallante del padre de los gobiernos absolutistas, sustituida por la sociedad fraternal expresada en la democracia.

La familia mantiene un núcleo esencial —a veces no tan fácil de averiguar lo permanente de su estructura— y uno complementario y variable que le da el carácter concreto que en cada época ha tenido. Sin embargo, podemos decir que hay dos tipos generales de familia —uno más estricto y otro más amplio—: la familia conyugal y la familia consanguínea. La primera está compuesta solamente por los padres y los hijos; la segunda, por el conjunto de todos los parientes más o menos cercanos.

Lo que sí es un hecho es que la familia, antiguamente, era una familia consanguínea, porque todos los parientes se ayudaban en el trabajo, en la convivencia y hasta en la lucha contra los que querían atentar contra su independencia; pero desde hace unos siglos —y sobre todo en la familia contemporánea— se ha ido perdiendo esa estructura amplia, para quedar reducida, cada vez más, al núcleo mínimo de padres e hijos y que, por otro lado, cada vez disminuye más el tiempo en que permanece esta cohesión familiar mínima. Hoy es un problema la independencia que rápidamente adquieren los hijos, y las familias —sobre todo cristianas—, acostumbradas a otra época que ellos vivieron, se resisten a aceptar esta nueva flexibilidad de los lazos familiares, creando en los hijos multitud de problemas al creer éstos que el afecto de los padres se resiente con la constante oposición de los padres a sus costumbres. Porque es un hecho que los hijos necesitan del cariño paterno y, sobre todo, materno; lo que no está dicho en ningún sitio es que este cariño tenga que tener las formas en que se vivió en los primeros cuarenta años de este siglo. La terquedad de los padres cuando no quieren sacrificar lo accidental, considerándolo como esencial, produce un semillero de conflictos psicológicos en los hijos que abocan hoy fácilmente en la delincuencia juvenil, en la inadaptación escolar, en el trastorno neurótico o en el inconformismo no-violento de los *hippies*. Tan fuerte es esto, que los antropólogos han podido presentarnos una serie de hechos sorprendentes, pero perfectamente demostrados: la mortalidad impresionante de los orfanatos en este siglo. Y la única causa es la falta de atención afectivo-maternal a los niños. En diez ciudades de los Estados Unidos descubrió, hace cincuenta años, el doctor H. Chapin que en todas las instituciones infantiles para huérfanos «habían muerto todos los niños de menos de dos años, salvo en una». [*Transactions of the American Pediatric Society*. Vol. 27, 1915.] Y el doctor

Knox estudió el caso de doscientos niños que en la primera infancia ingresaron en diversas instituciones de la ciudad de Baltimore, comprobando que el 90 por 100 murieron al cabo de un año. «El niño requiere mucho afecto y una correspondencia por parte de los adultos por encima de la satisfacción de sus necesidades biológicas. Lo demuestra la elevada tasa de mortalidad infantil incluso en los orfanatos científicamente mejor organizados» (R. Linton, o. c.).

Lo que no se puede deducir de aquí tampoco es que el mejor sea el papel afectivo excesivamente absorbente de la madre, ni que los padres pretendan mantener los lazos exteriores que atan a los hijos excesivamente a unas costumbres de otras épocas que ya no tienen vigencia.

LA MADRE.— La actitud de la madre es la más decisiva a la hora de saber lo que ocurrirá en el futuro con el hijo. El ser humano —«El mono desnudo», según Desmond Morris— se halla fijado a su madre a la edad de siete meses, y la imagen que consciente o inconscientemente va marcando en el hijo la actividad maternal será absolutamente decisiva para el futuro del niño. Cualquier detalle sin importancia a los ojos adultos es de una importancia suma para el niño, por eso es —por ejemplo— tan necesaria la serenidad y la tranquilidad de la madre en el trato con el hijo, porque «si la madre hace movimientos tensos y agitados, los comunicará a su hijo por mucho que trate de disimularlos, y si al mismo tiempo sonríe con fuerza, no engañará al niño, sino que lo sumirá en la confusión: le habrá transmitido dos mensajes contradictorios. Si se abusa de esto puede causarse un daño permanente y originar serias dificultades para el niño cuando, en su vida posterior, inicie contactos sociales... Mucho de lo que hacemos en nuestra edad adulta se funda en esta absorción imitativa durante los años de nuestra infancia» (D. Morris, «El mono desnudo». Ed. Plaza & Janés). Por eso no es extraño que los grandes libros de la sabiduría religiosa, como el «Corán», afirmasen que «el paraíso está a los pies de la madre»; y el dramaturgo Giraudoux manifestara en su obra «Sodoma y Gomorra» un negro pesimismo de seguir las cosas como en el momento actual que vivimos, en una época en la que en muchos países —y en el nuestro comienza, sobre todo en las clases económicamente elevadas— la mujer ya no sabe ni amar ni darse con profundidad.

El desarrollo del pecho maternal tiene relación con este intercambio necesario del hijo y de la madre, y ya no se puede aceptar la fantasía de Desmond Morris —que ha

quedado anticuada— de que el pecho tiene preferentemente una función sexual. Esta explicación, según A. Montagu, es difícil de aceptar a la luz del desarrollo histórico y prehistórico de la familia. Y si hoy cambia la turgencia de la silueta femenina —como vemos en los desfiles de modelos de costura—, es por el poco papel maternal que se desarrolla en nuestra civilización.

El padre, ante la importancia de la mujer en la familia de todos los tiempos, queda por eso en muy segundo lugar, y aunque de hecho la importancia de la figura del padre es grande de cara al desarrollo del hijo —como demostró Freud incluso con su propia vida—, sin embargo no está nada claro que exista un verdadero instinto paternal en nuestra especie, de tal modo que la famosa socióloga Margaret Mead ha podido afirmar que «la paternidad humana es una invención social», y si no existieran estas fuerzas y ejemplos sociales, difícilmente podríamos concluir que la simple paternidad física lleve a una paternidad psicológica y social dentro de la familia: si el hombre mantiene —por poner un ejemplo de detalle— a la mujer y al niño, es por costumbre social, pero no por otra causa.

La estructura de la familia con la presencia de los hermanos y de las hermanas ha resultado hasta ahora imprescindible a la hora de un desarrollo coherente tanto de la personalidad propia, como de las relaciones sociales de trabajo y de convivencia. Las grandes dificultades que tienen en nuestra sociedad los hijos únicos derivan de esta misma causa. Esta convivencia entre hermanos diversos ayuda a adquirir una conciencia social, en vez de centrarnos en el auto desarrollo egoísta, como les ocurre a los hijos únicos.

Otro elemento muy decisivo para los creyentes es el papel de la madre en la religión familiar. No por su influencia directa en lo religioso, sino por la manera como el hombre concibe lo religioso como consecuencia de la actitud maternal humana con el hijo. Una represión en los sentimientos del hijo hacia la madre da como consecuencia un desprecio hacia el cuerpo humano y hacia las cosas de este mundo, llevando nuestra reacción a acentuar excesivamente las tendencias idealistas que nos separan de las cosas concretas y de los problemas humanos del momento. El psicoanalista J. C. Flügge llega a afirmar que «parece muy probable que buena cantidad de las tendencias más pronunciadamente idealistas en filosofía deban mucho... a una sublimación (evasión) de esta reacción contra la madre» («Psicoanálisis de la familia», Ed. Paidós). La religión ha producido muchos daños, efectivamente (como son el con-

servadurismo, la intolerancia, su enemiga al progreso y a la ciencia nueva, las supersticiones y la ignorancia), «sin embargo... la religión puede alegar haber desempeñado un papel muy necesario y benéfico en la historia de la civilización». ¿Cuál ha sido éste? El ayudar a despegarnos, dentro de la evolución juvenil, de las tendencias primitivas que nos ataban excesivamente a los miembros de nuestra propia familia, y que, de haber seguido excesivamente a través de los años, hubiesen impedido nuestro desarrollo psicológico.

LA RELIGION Y LA MUJER.

—Sin embargo, la valoración que la religión ha hecho de la mujer no siempre ha sido positiva. No hay nada más que recordar lo que algunos escritores eclesiásticos de los primeros siglos dijeron de ella. Tertuliano aseguraba que la mujer es «la puerta del infierno». San Ambrosio de Milán afirmaba que «las personas casadas deberían sonrojarse del estado en que viven». Y San Clemente de Alejandría decía, en su libro «El Pedagogo», que «todas las mujeres deberían sentirse agobiadas de vergüenza al pensar que son mujeres». La venta de mujeres, que hasta 1950 era corriente en China, es algo que no quedó confinado sólo a ese país. En la progresiva Grecia antigua, la mujer estaba encerrada en su gineceo, y Aristóteles dice en su «Política» que «la gloria de la mujer se cifra en su silencio». En la Roma antigua, «la mujer se ve privada de toda posible igualdad; es considerada como una cosa, se halla destinada a satisfacer las necesidades del hombre, puesto que forma parte del inventario de una casa» (P. Evdokimov, «La mujer y la salvación del mundo», Ed. Ariel).

Y en buena parte del Antiguo Testamento —casi en la mayoría de sus libros—, «los varones y las mujeres no quedan en el mismo plano» (P. Grelot, «Concilium», Mayo 1970). La mujer es adúltera; el hombre, no. Y el hombre puede ser bigamo o concubinario con el respaldo mismo de los Libros Sagrados (P. Grelot, o. c.).

Sin embargo, al principio las cosas no fueron así. La descripción que hace el Génesis del ser humano en su origen es muy distinta. El ser humano, para el autor sagrado, no es el hombre, sino el hombre y la mujer. «La creación de Adán (que en hebreo es un término colectivo) es la creación de la célula originaria humana, del hombre como hombre-mujer, de los elementos masculino y femenino en su unión original, que aún no está diferenciada» (P. Evdokimov, o. c.). Por eso en el Génesis se puede leer textualmente esto: «Hagamos al hombre (en singular) para que dominen (en plural)... y creó Dios al hombre (en singu-

lar)..., y los creó varón y hembra». Los dos aspectos más básicos del ser humano se puede decir que son en alguna manera inseparables, y que un ser humano sólo hombre o sólo mujer «no es perfectamente hombre: podríamos decir que sólo hay una mitad de hombre en un ser humano aislado de su elemento complementario» (P. Evdokimov, o. c.).

Esta es la razón por la que no todos los escritores cristianos de los primeros siglos mantuvieron esa idea falsa y patriarcalista de la mujer que antes hemos podido apreciar en las duras expresiones de algunos Santos Padres. Se conservan algunas frases de Jesús que son reveladoras y que no están en los Evangelios, y, sin embargo, parece cierto que fueron dichas por el fundador del cristianismo. Estas pocas frases son significativas. En una de ellas se dice «el reino de Dios vendrá cuando dos sean uno, y lo masculino no sea ya lo mismo que ahora en relación a lo femenino». Y otro texto da un paso adelante diciendo: «¿Cuándo vendrá el reino de Dios?». Y Jesús respondió: «Cuando destruyáis el vestido de la vergüenza, y cuando dos sean uno, y lo masculino y lo femenino no sean ya como lo masculino y lo femenino».

Esta aceptación plena de los sexos, que se encuentra en las expresiones de estos primitivos escritores cristianos, nos hace ver el grado de inmadurez del ser humano en nuestra época, a pesar de los avances técnicos y aún psicológicos que a veces hemos realizado. Esta aceptación plena, sencilla y espontánea, sin malicia ni degeneración de los dos sexos, tiene raíces cristianas; pero ha sido falseada siempre en la historia por uno u otro tabú, que provenía sobre todo del paganismo y de las religiones o filosofías no cristianas que influyeron profundamente en la historia de la Iglesia.

PATRIARCADO Y MATRIARCADO.

—Un gran engaño sobre la mujer, que influyó también profundamente en el cristianismo occidental y europeo, fue el revestirla durante la Edad Media de formas caballerescas de servicio y homenaje, o en erigir el Dante a Beatriz en un monumento literario. Con ello se la elevaba ficticiamente para impedirle un desarrollo a igualdad de derechos y de posibilidades con el varón. De ahí que el patriarcado, que es la estructura familiar —de una manera o de otra— en el Occidente poscristiano, haya abocado a los graves problemas que tenemos planteados hoy en el mundo y las grandes inconsecuencias que apreciamos en la relación hombre-mujer en nuestro mundo actual. El pensamiento de Kant es revelador de esta inflación masculinista que hace exclamar a Evdokimov **SIGUE**

es tan sólo previsión. En el Congreso de la Federación Americana del Trabajo del 26 de noviembre de 1916 dijo a propósito de los soldados sustituidos por mujeres en el taller y las fábricas: «Las mujeres explotadas servirán de pretexto para rebajar los sueldos de los hombres cuando éstos regresen, y así habrán perdido los obreros los resultados tan duramente conseguidos».

La mujer necesita del trabajo, y a quien el trabajo es dificultosamente ofrecido, lo acepta en cualquier condición; de este modo se perjudica a sí misma y perjudica a los demás, y en esto los hombres tienen derecho a protestar, porque, si es justo que la mujer realice todos los trabajos que le permite su constitución física, es inicuo que los realice en condiciones inferiores a las del hombre.

Margarita Nelken
(«La condición social de la mujer en España».)

HASTA ahora el problema se mantenía lejos: nacido en Norteamérica, contagiado inmediatamente Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica, pareciendo que se estacionaba en estos lugares en donde apareció; pero los medios de comunicación son hoy demasiado progresivos y han acercado demasiado las naciones para que España pueda oponer por más tiempo la muralla de su rutina y de su tradición a la fuerza de la nueva idea.

En mi concepto, el movimiento que se llama feminismo es un acto altamente humanitario en la mujer rica y una apreciable necesidad en la mujer del pueblo. Profundizando en este campo, dejando de lado los entusiasmos de las sufragistas y los ideales de las que aspiran a supremacías e igualdades

que no me propongo discutir ni tratar en estas páginas, me ocuparé sólo del feminismo que yo creo de verdadera utilidad para la mujer con el deseo de que sea esta la semilla que arraigue y prospere en nuestra tierra.

Dolores Mocerda
de Maciá
(«El feminismo a Cataluña»).

A través del análisis de los datos obtenidos diríamos que la muestra se caracteriza por los siguientes aspectos negativos:

1. Su pasividad fundamental. Esta se manifiesta en las siguientes actitudes: falta de espíritu crítico, apego a las viejas estructuras, inhibición sobre los temas que exigen reflexión, interés circunscrito al pequeño mundo de sus problemas personales, indiferencia o ignorancia ante los problemas de tipo general.

2. Su inmovilismo o escasa evolución. Queremos hacer constar que cuando hablamos de "evolución" nos referimos tanto a las costumbres, usos y modas, cuanto a su actitud interna ante los problemas sociales, morales y religiosos, cívicos, culturales, que la sociedad actual plantea.

3. Su falta de responsabilidad, que atribuimos al exceso de protección que encuentra la muchacha dentro de la estructura familiar.

4. La escisión entre el mundo femenino y masculino, que se hace patente desde el propio hogar, donde el padre no es considerado como un posible confidente, y se prolonga fuera de la familia, con los amigos, el novio y el marido.

María Campo Alange
(«Habla la mujer»).

Textos del archivo
de MARÍA AURELIA CAPMANY.

que «ninguna verdadera mujer es kantiana».

Pero esto no ha existido siempre. Si Engels ha podido hablar de la derrota histórica del sexo femenino es porque en algún momento no estuvo la mujer en la situación de inferioridad que durante tantos siglos leemos en la Historia.

Bachofen fue el primer investigador que demostró claramente la existencia no sólo de la sociedad patriarcal, sino también de una cultura matriarcal en algún momento de la Historia. Cosa que el revolucionista L. H. Morgan confirmó. En Europa, India y China el matriarcado fue una antigua realidad. Incluso la ginecocracia lo fue porque entre «los iberos, los cretenses, los caldeos y los antiguos egipcios, la mujer gobernaba las tribus, era sacerdotisa, entre los druidas y en todas partes tabú, bruja y maga; la propiedad se transmitía por la línea femenina del parentesco, el hijo pertenecía al clan de la madre y llevaba su nombre... y la función social desempeñada por el hombre era mínima» (P. Evdokimov, o. c.).

Incluso el hombre que lucha por la mujer no es la única imagen verdadera que expresa la relación que ha habido entre los hombres y las mujeres en las sociedades primitivas o en las sociedades actuales. De tal manera que hoy en día está variando de modo notable en nuestras costumbres contemporáneas la actitud de siglos anteriores de ser el hombre el que tenga la iniciativa sexual y que la mujer adopte una actitud pasiva. Hoy se está viendo también «la competencia de las mujeres por los hombres» (M. Mead, «El hombre y la mujer», Ed. C. G. Fabril, Buenos Aires). Algunos han podido decir que en Estados Unidos se notan síntomas de una organización matriarcal de la familia: fue un símbolo que en 1846 obtuviera el título oficial de músico la primera mujer. Lo que si es cierto es que la civilización urbana, el paso de una cultura enraizada en el campo a una cultura implantada en la ciudad ha cambiado profundamente la relación familiar y el papel del padre y de la madre en ella. Aquella familia amplia que se auto-defendía, ha desaparecido en el mundo del desarrollo económico. La crisis de los vínculos de parentesco es profunda. La mujer puede dedicarse más a los hijos o a su propia independencia, al trabajo profesional. La lavadora automática, las conservas alimenticias, los vestidos de confección, las técnicas reguladoras de la natalidad, y tantos otros factores que antes eran desconocidos en la vida social del hombre y de la mujer, han irrumpido violenta y drásticamente y así el tipo de mujer que antes parecía el modelo de Occidente está empezando a cambiar. Y esto repercute en la familia del futuro.

Los antropólogos R. Linton y A. Montagu afirman a una que la familia conyugal seguirá siendo necesaria en el porvenir y ha de sobrevivir a todos los vaivenes y cambios que hoy existen. No se ha inventado ninguna sustitución para la necesidad de afecto, seguridad y correspondencia emotiva distinta de la relación matrimonial. Y esto no por razones sexuales materiales, sino por algo que es más decisivo, como resulta sin duda lo psicológico. Nuestra cultura pansexualista —que nada tiene que ver con Freud— ha planteado nuevos problemas, de los cuales tendremos que salir si queremos llegar a alguna meta social satisfactoria.

HACIA LA NUEVA FAMILIA.

—Sin embargo, todos estos procesos nuevos plantean una serie de interrogantes sobre el matrimonio y la familia, que han dado lugar a propugnar algunos en la actualidad una especie de poligamia para el futuro europeo y occidental, más o menos enmascarada por el divorcio generalizado y por las relaciones sexuales indiscriminadas y afectivamente insatisfactorias.

Hoy ya no tenemos las presiones exteriores —al menos en muchos países de Occidente— que existían antes para resguardar la familia y el matrimonio. En nuestro propio país hay síntomas bien claros de lo mismo. Pero aunque los moralistas sigan gritando constantemente su añoranza por épocas anteriores, la verdad es que todas estas estadísticas aparentemente catastróficas que se nos presentan, acerca de los fracasos matrimoniales y del número creciente de divorcios, difícilmente podemos saber si, efectivamente, corresponden a una degeneración de la relación establemente satisfactoria del hombre y la mujer, o más bien a una clarificación de las cosas que estaban hipócritamente latentes y ocultas en otras épocas. La ingenua actitud de muchos católicos italianos —lo mismo eclesiósticos que seglares— oponiéndose a la existencia de una ley civil del divorcio, cuando lo pide la mayoría del país, no resuelve el problema de las uniones ilegítimas que existen en ese país, las cuales cunden de manera que resulta alarmante para la buena convivencia social. Linton piensa que, «en las actuales condiciones, el único efecto de la prohibición del divorcio sería la destrucción de la escasa influencia que las sanciones legales y religiosas puedan todavía tener sobre la continuidad de los matrimonios: las relaciones extralegales se convertirían en la regla, y no en la excepción, y el intento de impedirlo con otras medidas legales acabaría provocando una situación intolerable» (R. Linton, «La familia», Editorial Península, Barcelona, 1970).

Un caso verdaderamente importante, en la relación del hombre y la mujer adolescentes, es el de las relaciones sexuales antes del matrimonio, que cada vez se van generalizando más en todos los países del desarrollo económico, y que en España está comenzando, particularmente entre las clases económicamente altas. La postura definida adoptada por el famoso moralista Padre Haering en este nuevo problema es bien clara cuando dice: «Firmemente rechazo las relaciones proplamente prematrimoniales». Pero a continuación habla de que todos los trámites complejos, tanto religiosos como civiles y sociales, que hoy se están exigiendo al matrimonio, no siempre han existido. En la Edad Media existían lo que se llamaban matrimonios clandestinos, que eran perfectamente válidos desde el punto de vista católico y que no seguían ninguno de esos trámites burocráticos —religiosos, civiles o sociales— a los que estamos acostumbrados. Lo que ocurría entonces —y puede ocurrir por decisión de la Iglesia en el porvenir— es que el consenso firme y serio que presenta «una voluntad de hacer una verdadera familia sociológica —y a pesar de no cubrir tantos trámites actuales externos profusos—... no eran verdaderas relaciones prematrimoniales» («Moral y hombre nuevo», Ed. El Perpetuo Socorro, Madrid, 1969). Según este prudente y delicado moralista, las verdaderas relaciones prematrimoniales nunca serán lícitas para el católico, pero pueden cambiar mucho los trámites exteriores que se exigen hoy en día, tanto por la Iglesia como por la familia o la sociedad, y llegar a una relación más sencilla que, en último extremo, será ya un verdadero matrimonio para el creyente, aunque nos choque ahora esta idea.

Estamos pasando de una familia cerrada a una familia abierta, pero las características de esta familia abierta están todavía vacilantes y llenas de ensayos que quizá no podrán perdurar. Lo que no podemos negarnos es a reflexionar seriamente sobre este proceso y dejar de ayudar a que la familia del futuro tenga las características concretas que sean más razonables, y que no pierda su característica de estructura cooperativa básica, en la que el ser humano comienza a educarse en sus sentimientos sociales abiertos hacia los problemas de los demás. Por eso opino que esta revolución de la familia no es ni mala ni alarmante si sabemos tener serenidad. Lo que sería malo es la irresponsabilidad en nuestro camino del porvenir, tanto para atarnos a cosas ya sobrepasadas como para hacer abstracción de todos los elementos positivos que la unión permanente del hombre y la mujer tiene para ellos y para los hijos. ■ E. M. M.